

lica y utilidad del pueblo cuyo cuidado se le confia, venerables hermanos; lo que hemos creído deberos participar, estando seguros, como lo estamos, de que juntamente con Nos elevaréis al Señor Dios Óptimo Máximo vuestras continuas y fervorosas oraciones y acciones de gracias, á fin de que, accediendo benigno á nuestros comunes votos, se digne hacer por su divina gracia que en esas regiones donde *cualquier cristiano que en ellas habite puede instruirse en el conocimiento de la virtud del Evangelio no solo con lo escrito en los libros, sino con el testimonio de los mismos Lugares* (1), del mismo territorio donde reside, reciba de dia en dia nuevo incremento la fe católica, y florezca y prospere con toda felicidad.

Y aquí, venerables hermanos, clara y abiertamente declaramos que así en este negocio como en cualquier otro, ajenos enteramente á toda mira de humana política, todos nuestros cuidados, todos nuestros pensamientos, todo nuestro anhelo van encaminados á que la religion santísima de CRISTO y su doctrina brille mas de dia en dia en todos los pueblos esparcidos por toda la faz de la tierra. Porque, si bien deseamos que los príncipes, á quienes por Dios ha sido dado el poder, cerrando sus oidos á los fraudulentos y perniciosos consejos, guardando la ley de la justicia, marchando acordes con la voluntad de Dios, y defendiendo los derechos y libertad de su santa Iglesia, no cesen segun sus religiosos y benignos sentimientos de procurar la felicidad y prosperidad de sus pueblos, sin embargo, si en el alma haya en varios puntos algunos del pueblo que, abusando temerariamente de nuestro nombre, y haciendo una gravísima injuria á nuestra persona y á nuestra suprema dignidad, se atreven á negar la debida sumision á los príncipes, excitar contra ellos á la multitud y provocar alborotos y desórdenes. Lo cual es tan contrario á nuestro modo de pensar, como que en nuestra encíclica dirigida á todos nuestros venerables hermanos los obispos en 9 de noviembre del año pasado, tuvimos buen cuidado de inculcar la debida obediencia á los príncipes y potestades, de la cual segun los preceptos del Cristianismo nadie puede desviarse jamás sin hacerse criminal, *á no ser en el caso en que se mandase algo que fuese contrario á las leyes de DIOS Y DE LA IGLESIA.*

¿Qué os parece?

Por la autoridad de Dios omnipotente, de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y la nuestra, promovemos á nuestro amado hijo el presbítero José Valeriga al patriarcado latino de Jerusalem, y le constituimos patriarca y pastor de aquella iglesia, segun se expresará en el decreto y cédula consistoriales.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Amen.

(1) S. Leo, *ibid.*

CAPÍTULO XII.

CELO EXTRAORDINARIO DE PIO IX EN FAVOR DE LA IGLESIA UNIVERSAL.

CUANDO PIO IX subió al supremo pontificado la Iglesia de España presentaba un aspecto triste y nebuloso. Los Gobiernos que se habian sucedido desde la muerte de Fernando VII la habian tratado con dureza inmotivada: los bienes del clero habian sido vendidos, los Obispos y Cabildos habian sido objetos de grandes persecuciones, y se habian roto las relaciones con la Santa Sede. Verdad es que por la época que nos ocupa se habian tomado ya algunas disposiciones reparadoras; que una vez declarada mayor de edad Isabel II, pareció alejarse la tempestad, puesto que se abrieron las puertas de la patria á los prelados desterrados, que volvió á abrir las suyas el tribunal de la Rota (1844) y que se autorizó á los Prelados para hacer concursos á fin de proveer en propiedad los curatos vacantes, y conferir órdenes, y se anuló la que habia sido dada por la Regencia, que tan tristes recuerdos dejó á la Iglesia, prohibiendo dar curso á las preces dirigidas á Roma; y Gregorio XVI, que aplaudia estos actos de reparacion, en sus últimos años se mostraba ya propicio para con el Gobierno español. Sabida la justificacion de aquel Pontífice, es de creer que si la muerte no le hubiese arrebatado al amor de los fieles, hubiese llevado á cabo la obra de consolar á la Iglesia de España, que fue reservada por la Providencia á su sucesor Pio IX. Este Pontífice, que como sabe el lector habia estado en Chile donde se habla el hermoso idioma de Cervantes, amaba á la España, que tantos dias de gloria ha dado á la Iglesia, se expresaba con soltura en español, y aun poseia grandes conocimientos en nuestra literatura. El nuevo Pontífice manifestó los mejores deseos de llevar á cabo la obra de reconciliacion. En 30 de mayo de 1847 entró en Madrid el subdelegado de Su Santidad, Mons. Juan Brunelli, arzobispo de Tesalónica y secretario que

habia sido del anterior Pontífice, y el cual observó una conducta noble, generosa y desinteresada, sin tener otras miras que el mayor bien de la Iglesia. Ante todo se trató de dotar de pastores á las iglesias que por espacio de muchos años se veían privadas de ellos. Solo veinte y una Sillas habia provistas, siendo treinta y nueve las vacantes, sin contar la abadía de Alcalá la Real y los prioratos de Uclés y San Marcos de Leon, cuyo abad y priores eran tambien obispos con jurisdiccion hasta el Concordato de que hablaremos á su tiempo. El ministro de Gracia y Justicia, D. Florencio Rodriguez Vahamonde, abstraído de pasiones políticas, de acuerdo con el Nuncio de Su Santidad, propuso á la Reina personas dignas del Episcopado que fueron presentadas á la Santa Sede. Pio IX, que deseaba vivamente terminasen las orfandades de las iglesias de España, aprobó aquellas propuestas, y en consistorio de 11 de junio de 1848 preconizó para la metropolitana de Toledo al Excmo. D. José Bonel y Orbe, trasladado de la episcopal de Córdoba; para la metropolitana de Búrgos al Excmo. D. Ramon Montero, trasladado de la episcopal de Coria, y para la episcopal de Córdoba al Excmo. D. Manuel Joaquin Tarancon, canónigo de Valladolid. En este mismo consistorio, además de otras preconizaciones de obispos para diferentes países, Su Santidad cerró y abrió la boca á los cardenales Giraud y Du Pont, y concedió el pálio al patriarca de Jerusalem y á los Arzobispos de Toledo y de Búrgos.

Con razon se concibieron grandes esperanzas de que en breve se proveyesen las demás sillas vacantes en España, para que terminasen de una vez los grandes males que suelen seguirse á las dilatadas orfandades. En efecto, el 17 de diciembre celebró Su Santidad otro consistorio en el cual quedaron satisfechas aquellas esperanzas. Veamos ante todo la alocucion que en tan solemne acto pronunció el Sumo Pontífice, documento de grande importancia en el que se ocupa con preferencia de la Iglesia de España:

Alocucion de nuestro santísimo padre Pio IX en el consistorio secreto de 17 de diciembre de 1847.

Venerables hermanos: Desde el momento en que, elevados á esta cátedra del Príncipe de los Apóstoles por los inescrutables juicios de Dios y sin mérito alguno de nuestra parte, tomamos las riendas del gobierno de la Iglesia católica, dirigimos á la España nuestra vista y nuestra solicitud apostólica, como os es bien notorio, venerables hermanos. De ahí es que, considerando con harto dolor de nuestro corazon los gravísimos perjuicios y males que por las tristes circunstancias de los tiempos estaba sufriendo aquella grande é inclita porcion de la grey del Señor, no cesábamos ni cesamos de pedir humildemente con asiduas y fervientes oraciones á nuestro Dios, que es rico en misericordia, se dignase acudir en socorro de aquellas afligidas iglesias y sacralas del miserable estado en que se encontraban. En cumplimiento además de nuestro apostólico ministerio, y siguiendo los impulsos del singularísimo afecto de caridad paternal que profesamos á tan ilustre nacion, nada deseamos con mas ahinco que procurar el oportuno arreglo de los asuntos de nuestra santísima Religion en aquel país. Y como ya nuestro predecesor de grata memoria, Gregorio XVI, habia comenzado á proveer de pastores algunas diócesis de aquel reino sitas en Ultramar, á esto tambien consagramos nuestro especial cuidado, á fin de que pudiésemos dar dignos prelados á otras mu-

chas iglesias que habia vacantes en el continente, y de este modo llevar á feliz cima lo que la muerte impidió á nuestro antecesor concluir. Por tanto enviamos á España á nuestro venerable hermano Juan, arzobispo de Tesalónica, tan recomendable por su integridad, por su doctrina y prudencia como por su práctica en los negocios, dándole una carta para nuestra carísima hija en Cristo la reina católica María Isabel, y las oportunas instrucciones y facultades á fin de que consagrarse toda su solicitud á sanar las llagas y heridas de Israel, y á procurar cuanto pudiese conducir á promover el bien de la religion católica, y entre otras cosas hiciese que pudiéramos confiar á dignos pastores las iglesias que de ellos carecian en aquella nacion. Á nuestros ruegos y deseos dignóse acceder el Padre de las misericordias, y así habeis visto que con el mayor placer de nuestra alma hemos podido ya instituir allí algunos prelados, y ahora podemos confiar otras muchas iglesias catedrales y metropolitanas de España, mucho tiempo há vacantes, al canónico y legítimo gobierno y administracion de sus pastores, y atender así á la gloria del nombre del Señor, al bien de la religion católica y á la salud espiritual de aquellas amadas ovejas; pues confiamos sucederá así en atencion á que, segun los informes que nos ha dado el ya citado nuestro delegado y venerable hermano, y despues de un detenido y maduro exámen de los expedientes por él formados, vemos que los sujetos destinados para regir y gobernar las diócesis se hallan adornados de las cualidades y dotes que se requieren para desempeñar bien y útilmente el ministerio pastoral. Abrigamos además la esperanza de que cuanto antes podamos conseguir cese la viudez de otras iglesias de aquel reino, y que mejorándose ahora las circunstancias y con el apoyo de S. M. C., tengan, Dios mediante, feliz resultado nuestros votos y deseos en otros muchos asuntos religiosos en cuyo arreglo trabaja asiduamente nuestro venerable hermano y delegado.

Hay tambien otro país mucho mas extenso, que está sometido á un gran príncipe, y en el cual la religion católica se ha visto afligida con largos y mas graves padecimientos que ocuparon por muchos años la apostólica solicitud de nuestro antecesor de grata memoria y que han llamado tambien nuestra particular atencion. Hubiéramos deseado ciertamente poderos anunciar hoy el feliz resultado que en parte confiábamos tuvieran nuestros desvelos; pero si bien no han faltado algunos periódicos que hayan asegurado haber así sucedido, todavia, sin embargo, Nos no podemos anunciaros otra cosa que la firme esperanza que tenemos de que Dios omnipotente y misericordioso mire propicio á los hijos de su Iglesia afligidos allí con tantas tribulaciones, y bendiga la solicitud con que procuramos hacer que mejore allí la situacion de la religion católica.

Vamos ahora, venerables hermanos, á manifestaros la suma sorpresa que nos causó, y que grandemente nos afectó, un escrito que recibimos compuesto y publicado por un sujeto constituido en dignidad eclesiástica. En ese escrito, hablando dicho sujeto de ciertas doctrinas que él llama tradiciones de las iglesias de su país, y con las que se pretende coartar los derechos de esta Silla apostólica, no tuvo reparo en afirmar que Nos aprobábamos semejantes tradiciones. Pero léjos de Nos, venerables hermanos, el haber abrigado ni por un instante siquiera la idea de apartarnos en lo mas mínimo de la doctrina de nuestros mayores, ó de abstenernos de conservar ilesos y de defender los derechos y autoridad de esta Santa Sede. Tenemos, sí, en grande aprecio y es-

tima las particulares tradiciones, pero son aquellas y solo aquellas que no se separan del sentir de la Iglesia católica; y veneramos especialmente y con firmeza defendemos aquellas que están conformes con la tradicion de las demás Iglesias, y principalmente con esta santa Iglesia romana, á la cual, por valernos de las palabras de san Ireneo, «es necesario que por su mejor primacia «acuda toda la Iglesia, es decir, cuantos fieles hay en todo el orbe, en la cual «siempre se ha conservado por los que por doquiera están la tradicion apostólica.» (S. Iren. *contra hæres. lib. III, cap. 3*).

Hay tambien otra cosa que angustia y atormenta sobremanera nuestro espíritu. No ignorais seguramente, venerables hermanos, que muchos de los enemigos de la verdad católica dirigen especialmente en nuestros dias sus mayores esfuerzos á equiparar ó entremezclar con la doctrina de Cristo las mas monstruosas opiniones, y á propagar así mas y mas aquel impío sistema de *indiferentismo* en materia de religion. Y lo que es aun mas, y lo que horroriza el decirlo, ha habido recientemente algunos que se han atrevido á hacer á nuestro nombre y dignidad apostólica el singular agravio y afrentosa injuria de suponernos comparticipes de su necedad y fautores de ese perversísimo sistema. Con efecto, estos hombres, á vista de ciertas determinaciones, nada ajenas por cierto de la santidad de la religion católica, que en ciertos negocios relativos á la administracion civil de los Estados pontificios hemos creido conveniente adoptar en beneficio y para la prosperidad del pueblo, y á vista tambien del perdon que á algunas personas de los mismos Estados concedimos benignamente á los principios de nuestro pontificado, han pretendido inferir que Nos pensábamos tan benévola de toda clase de hombres, que éramos de parecer que no solo estaban en camino de salvacion y podian alcanzar la vida eterna los hijos de la Iglesia, sino tambien los demás, aun cuando se hallen separados de la unidad católica. Tan nueva y atroz injuria contra Nos, no encontramos palabras bastante expresivas para manifestar el sumo horror con que la detestamos. Es cierto que amamos de todo corazón á todos los hombres; pero los amamos únicamente en la caridad de Dios y de Nuestro Señor JESUCRISTO, que vino á buscar y á salvar lo que habia perecido, que murió por todos los hombres, que quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad; que á este efecto envió á sus discípulos por todo el mundo para que predicasen el Evangelio á toda criatura y anunciaran que se salvarian los que creyeran y fueran bautizados, pero que se condenarian los que no creyesen. Vengan, pues, á la columna y firmamento de la verdad, que es la Iglesia, los que quieran salvarse; vengan á la verdadera Iglesia de Cristo, que en sus obispos y en su supremo Jefe el romano Pontífice tiene sin interrupcion alguna la sucesion de la autoridad apostólica; que nada miró jamás con tanto interés como el predicar y guardar y defender por cuantos medios puede la doctrina anunciada de orden de JESUCRISTO por los Apóstoles; que desde el tiempo de estos fué en aumento, venciendo todo género de dificultades; y que ilustre por el esplendor de sus milagros, amplificada con la sangre de los mártires, ennoblecida con las virtudes de los confesores y virgenes, confirmada con el testimonio y sábios escritos de los Padres, se extendió por todo el orbe y subsiste en todos los puntos de la tierra, y brilla por la perfecta unidad de la fe, de los Sacramentos y de su sagrado régimen. Nos, pues, que, aunque indignos, estamos colocados en esta suprema cátedra del apóstol san Pedro, en la que Cristo Señor nuestro puso el fundamento de

su Iglesia, no perdonaremos jamás trabajo ni fatiga alguna á fin de atraer, mediante la gracia del mismo JESUCRISTO, á este camino único de la verdad y de la salvacion á cuantos ignoran y yerran. Tengan empero presente nuestros adversarios, que si bien pasarán el cielo y la tierra, jamás faltará ni un ápice de las palabras de JESUCRISTO, ni se mudará en lo mas mínimo la doctrina que de Cristo recibió la Iglesia para guardarla, defenderla y predicarla.

Despues de esto, no podemos menos de hablaros, venerables hermanos, del acerbo dolor que sufrimos cuando hace pocos dias hubo en nuestra ilustre ciudad, centro y baluarte de la religion católica, algunos, poquíssimos hombres casi delirantes que, despojándose hasta de los sentimientos de humanidad y con harta indignacion y horror de los demás habitantes, no se horrorizaron de hacer públicas demostraciones de contento por la muy lamentable guerra civil que poco há estalló en Suiza; guerra ciertamente fatal que Nos deploramos con todo nuestro corazón, así por la sangre de hermanos que allí se ha vertido, y las atroces diuturnas y funestas discordias, odios y disensiones que suelen resultar principalmente de las guerras civiles, como por los daños que de ella sabemos han resultado á la Iglesia, y los que tememos resulten, y finalmente por los deplorables sacrilegios cometidos en los primeros momentos y que ni siquiera tenemos valor para recordar.

Por lo demás, si bien tenemos que lamentar todo lo de que acabamos de hablar, tambien tenemos que dar al Dios de todo consuelo las mas humildes y rendidas gracias porque con la multitud de sus misericordias no cesa de consolarnos en todas nuestras tribulaciones. Porque, á la verdad, en medio de tantas y tan terribles angustias, nos causan no pequeño consuelo los prósperos y felices resultados de las sagradas misiones, los animosos esfuerzos y laboriosas tareas de los ministros del Evangelio que, inflamados en apostólico celo, despreciando valerosamente los mas graves riesgos y peligros, no cesan de sacar de las tinieblas del error á los pueblos de las mas apartadas regiones, de disipar la ferocidad de sus costumbres, conducirlos á la luz de la verdad católica y á todo culto de la humanidad y de la virtud, y pelear con ánimo esforzado por la gloria de Dios y salvacion de las almas; y finalmente la benévola y recomendable solicitud con que los pueblos católicos, secundando admirablemente nuestros deseos, no han cesado de suministrar socorros á la afligida Irlanda, y que ya con las limosnas que nos enviaron, ya con sus frecuentes oraciones á Dios, no dejan de procurar por todos los medios el que la santísima fe y doctrina de Cristo se propague y extienda mas y mas de dia en dia por todos los ángulos de la tierra. Tan esclarecidas obras, dignas por cierto de todo encomio, no solo las señalamos con particularísimo afecto, sino que pedimos humildemente al Dios de toda clemencia que por ellas conceda á sus fieles en la eternidad una abundante recompensa.

Hé ahí, venerables hermanos, lo que hoy hemos creido conveniente manifestaros. Mas como hemos determinado publicar esta alocucion, aprovechamos esta ocasion para dirigir tambien nuestra voz á los demás venerables hermanos, los patriarcas, arzobispos y obispos de todo el orbe católico, y les rogamos con toda nuestra alma, y á todos y á cada uno de ellos les exhortamos en el Señor, á que unidos entre sí con estable caridad y concordia, y adheridos con el estrechísimo lazo de la fe y obediencia á Nos y á esta cátedra de san Pedro, sean perfectos en los mismos sentimientos y en un mismo sentir, y á que dejando á un lado toda consideracion humana, y teniendo única-

mente fija su vista en Dios é implorando su auxilio con fervientes é incesantes oraciones; no perdonen jamás fatigas ni desvelos, á fin de que con episcopal fortaleza, constancia y prudencia peleen en las batallas del Señor, y de cada vez con mas actividad y denuedo aparten de los venenosos pastos las amadas ovejas confiadas á su solicitud, las conduzcan á los pastos saludables, y no permitan jamás que sean engañadas por doctrinas varias y peregrinas, sino que las defiendan valerosamente de las asechanzas y ataques de los rapaces lobos, y á las que yerren, procuren con la mayor bondad, paciencia y doctrina atraerlas al sendero de la verdad y de la justicia, para que ellas tambien, mediante el auxilio de la gracia, se encuentren en la unidad de la fe y reconocimiento del Hijo de Dios, y de este modo compongan con nosotros un solo redil y un solo pastor.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

En el mismo consistorio en que fue pronunciada por el Santo Padre la alocucion que acabamos de insertar, fueron provistas nuestras iglesias metropolitanas de Zaragoza y Sevilla, y las episcopales de Girona, Badajoz, Mallorca, Zamora, Murcia, Ávila, Jaen, Orense, Cuenca, Teruel, Osmá, Lérida, Cartagena, Canarias, Lugo y Segovia y el patriarcado de las Indias occidentales, en varones eminentes en ciencias y en virtudes, pudiéndose consignar con placer que á través de los muchos desaciertos que han venido cometiendo en punto á materias eclesiásticas los diversos Gobiernos que se han sucedido en España, han sido siempre muy acertadísimas las propuestas para el episcopado sin una sola excepcion. Dios ha querido en esto favorecer á la nacion católica por excelencia que ha sabido conservar la fe que en ella predicaron san Pablo y Santiago, y que tantos dias de gloria ha dado á la Iglesia. Por esta causa los obispos españoles han ocupado un lugar distinguido en el Episcopado universal, y se hicieron notables en el primer período hace poco terminado del Concilio Vaticano, como rayaron á grande altura en la célebre asamblea de Trento.

La mano caritativa de Pio IX se extendió, como se ve, á la Iglesia de España, curando una de sus llagas. Las diócesis huérfanas, muchas de las cuales habian carecido por muchos años de prelados, recibieron llenas de júbilo á los nuevos pastores que la Providencia les destinara, y entonaron solemnísimo *Te Deum* para dar gracias á Dios por tan especial beneficio.

Fijemos la atencion en estos últimos consistorios de que nos hemos ocupado, y verémos que fueron notables por los nombramientos ó preconizaciones que en ellos se llevaron á cabo. El Oriente y el Occidente tuvieron suficientes motivos para colmar de bendiciones al augusto Pontífice que con tanta solicitud atendia á todos los fieles de CRISTO extendidos por toda la redondez de la tierra. Los protestantes habian fijado su mirada codiciosa en los santos y venerables Lugares que fueron la cuna de nuestra salud, y hasta habian llegado á establecer allí un obispo de su comunión. Sabido es que los Papas por espacio de mucho tiempo y á causa de la ocupacion de los infieles, no obstante que nombraban sin interrupcion patriarcas latinos de Jerusalem, les dispensaban de la residencia, interin no variaran las circunstancias. Pio IX, al nombrar para aquella dignidad al señor Valerga, tiene el consuelo de poder pronunciar estas palabras en el consistorio en que le preconizó: «Gracias á Dios, vemos han desaparecido *completamente* todas las dificultades, que era lo que

«anhelábamos, y nada *se opone en la actualidad* á que el mencionado patriarca cuide de su Iglesia por sí mismo, y resida en ella.» Los cristianos de Oriente podian, pues, darse el parabien porque era llegada para ellos una nueva era. Aquella es seguramente la parte mas preciosa de la Iglesia católica, por las razones expuestas por el mismo Pio IX en la citada alocucion relativa á este negocio que insertamos en el capítulo anterior.

En cuanto á la preconizacion de obispos para la Iglesia de España, ¿qué podrémos añadir á lo que llevamos dicho? En aquel mismo consistorio fueron provistas dos de nuestras iglesias metropolitanas, Toledo y Búrgos, y las dos episcopales de Córdoba y Sigüenza; y despues en el de 17 de diciembre, como acabamos de ver, lo fueron otras dos metropolitanas y diez y seis episcopales, á mas del patriarcado de las Indias. ¿No fue esto un motivo de gozo para los que pertenecemos á esta parte de la Iglesia católica? Ya hemos insinuado que desde la muerte de Fernando VII no se habian preconizado obispos en España. Durante este tiempo, mas de ochocientos patriarcas, arzobispos y obispos habian sido proclamados, sin que entre ellos hubiese habido ninguno para las iglesias de nuestra Península, pues si algun nombre español habia sido pronunciado por los augustos labios de Gregorio XVI ó de Pio IX, habia sido para las iglesias de Ultramar. Placer singular fue para Pio IX, á través de los grandes disgustos que ya experimentaba, el poner fin al desconsuelo y á las amarguras de nuestras iglesias, dotándolas de propios pastores.

Otro punto no de menor importancia trató el Santo Padre en su alocucion, como ha podido verse, y era referente al estado del Catolicismo en Rusia. Decíase que se habia firmado un concordato entre la Santa Sede y el emperador Nicolás, y que por consiguiente habia mejorado la situacion en aquel país con respecto á los católicos. Pio IX se apresura á desmentir aquella noticia diciendo que solo podia anunciar la firme esperanza que tenia de que Dios omnipotente y misericordioso bendijese la solicitud con que procuraba hacer que mejorase allí la situacion de la religion católica.

Tambien aprovechó la ocasion para anatematizar la conducta de algunos hombres que en la misma Capital del Catolicismo habian hecho demostraciones de júbilo por la lamentable guerra civil que habia estallado en Suiza; haciendo notar el Santo Padre que deploraba aquellos sucesos, no tanto por los daños que «suelen resultar principalmente de las guerras civiles, como «por los que de ella sabemos han resultado á la Iglesia y los que tememos resulten; y finalmente, por los deplorables *sacrilegios* cometidos en los primeros momentos, y que ni siquiera tenemos valor para recordar.» Tal es el lenguaje del Santo Padre que, representante en la tierra del Dios de paz, procura en cuanto le es posible alejar todas las discordias, que tan perjudiciales son así para la Iglesia como para la sociedad civil.

Hemos dicho que así el Oriente como el Occidente tuvieron suficientes motivos para colmar de bendiciones al augusto Pontífice que con tanta solicitud atendia á los fieles de CRISTO extendidos por toda la redondez de la tierra. El lector tiene ya conocimiento de la alocucion pronunciada por Su Santidad Pio IX en el consistorio de 4 de octubre de 1847, en la que daba cuenta al sacro Colegio de la eleccion que habia hecho en la persona del dignísimo presbítero José Valerga para patriarca de Jerusalem, para que fuera á establecer su residencia en el mismo lugar de su título, y cuidase de cerca los asuntos de los católicos residentes en aquellos países. Ocupándonos nuevamente de

este asunto, que creemos de gran importancia, debemos añadir algunos datos que demuestran el celo extraordinario de Pío IX por la Iglesia universal, y que no porque se hallen los fieles á grande distancia del centro del Catolicismo dejan de participar del calor de su caridad. Para dar un testimonio de su paternal solicitud por los fieles de Oriente consagró por sus propias manos al nuevo patriarca, cuya ceremonia se verificó el 10 de octubre, siendo asistentes otros dos de los mas respetables obispos de Oriente, los patriarcas de Constantinopla y de Antioquía, confiriéndole inmediatamente despues el pálio tambien por sus propias manos, distinguido honor que quiso dispensar al nuevo patriarca por las razones antes expresadas.

El 13 de diciembre partió de Roma el Ilmo. Sr. Valerga para el lugar de su destino, sin llevar en su mision carácter alguno político, y sí tan solamente el religioso: pero el 20 del mismo mes se hacia á la vela en el puerto de Civitavecchia otro personaje que llevaba un carácter diplomático. Era el Sr. Ferrieri, que iba á Constantinopla en el concepto de embajador extraordinario de la Santa Sede cerca de la Sublime Puerta.

Darémos á conocer la causa que movió al Santo Padre á enviar este embajador cerca del jefe del islamismo.

Pío IX, que desde el momento de ser elevado al trono pontificio procuró cultivar las relaciones de íntima amistad con las cortes extranjeras, recibió de todas ellas recíprocas muestras de aprecio. Todas las potencias se apresuraron á felicitarle, incluso las de allende los mares, rindiendo así un homenaje de respeto á la cátedra de san Pedro. El Sultan no quiso en esta parte ser menos que los demás jefes de Estados, y encargó á su embajador por la corte de Austria, Chekid-Effendi, que á su tránsito por Roma expresase en su nombre y de viva voz al Soberano Pontífice sus mas sinceras felicitaciones, y que asimismo le hiciese presente la profunda estimacion que profesaba á su augusta persona. En cumplimiento de la orden de su soberano, Chekid-Effendi pasó en la mañana del 16 de febrero (1847) á la Secretaría de Estado á presentar las cartas que llevaba de su augusto amo el sultan Abdul-Medjid-Khan, y á pedir al propio tiempo á S. Ema. el cardenal Gizzi que preguntase al Santo Padre el dia y la hora en que Su Santidad se dignaria recibirle. El Santo Padre se dignó señalar el sábado siguiente 20 de febrero.

En dicho dia, y á la hora señalada, Chekid-Effendi se dirigió al Quirinal en coche y de gran ceremonia. Esta recepcion llamó de un modo extraordinario la atencion de los romanos, tanto mas cuanto que era la primera vez que un embajador otomano se presentaba á cumplimentar al Jefe supremo de la Iglesia católica; pues si bien es verdad que á fines del siglo XV Bayaceto envió al papa Inocencio VIII un embajador, fue, no con objeto de felicitarle, sino para tratar del rescate de Zizim, hermano del Sultan, hecho prisionero por los caballeros de Jerusalem y puesto á disposicion de Su Santidad. No es, pues, extraño que las calles que debia atravesar Chekid-Effendi se viesen invadidas por una multitud de romanos y de extranjeros para presenciar un suceso enteramente nuevo en la corte pontificia.

En los vastos salones del Quirinal se hallaban colocados los altos dignatarios de la corte del Papa en todo su esplendor. El Embajador atravesó por medio de todos aquellos personajes, siendo introducido con todo su séquito á presencia del augusto Pontífice que se hallaba sentado sobre su trono, á cuyos lados se veian de pié los eminentísimos purpurados. Al entrar Chekid-Effendi

llevaba los brazos cruzados ante el pecho, y al ver la majestuosa presencia del Pontífice hizo muchas reverencias al estilo oriental. Al dirigir la palabra á Su Santidad inclinaba profundamente la cabeza siempre que pronunciaba su nombre: su mano izquierda descansaba inmóvil sobre la guarnicion de su magnífica cimitarra, en tanto que accionaba con la derecha de un modo el mas noble. Como documento curioso, insertarémos aquí la arenga del Embajador.

«Santisimo Padre: S. M. I. el sultan Abdul-Medjid, mi augusto señor y soberano, ha sabido con la mas grande satisfaccion el feliz advenimiento de «Vuestra Santidad al poder del mundo católico, aunque hasta el presente no «haya mediado ninguna especial relacion entre la Sublime Puerta y el Gobierno de la Santa Sede. Por lo tanto, enviándome mi Soberano cerca de Vuestra Santidad para significarle sus vivas y sinceras congratulaciones, no ha «hecho mas que ceder al deseo ardiente de manifestar á Vuestra Santidad «como él se unia tambien de corazon á la satisfaccion universal con que ha «sido recibido este feliz advenimiento. Es esta la primera vez que él acoge la «grata ocasion de entrar en correspondencia directa con el Gobierno de la «Santa Sede; es este un beneficio debido á vuestro siglo, que es el siglo de «la civilizacion y de la humanidad; pero será tambien una espléndida prueba «de las virtudes y de las opiniones benéficas que caracterizan á mi Soberano «y á Vuestra Santidad, la cual yo tengo por cierto deberá ser la primera en «apreciar los benévolos sentimientos de mi augusto soberano, que colma de beneficios á todas las clases de sus súbditos, quienes á sus ojos son todos iguales, como á los ojos de un padre son iguales los hijos por él indistintamente «amados. Él está seguro de haber con esto ganado anticipadamente la estimacion y amistad de Vuestra Santidad.»

Á este discurso del Embajador otomano Su Santidad contestó en los términos mas satisfactorios, encargando á Chekid-Effendi manifestase al Emperador la gratitud con que recibia y devolvia los sentimientos de leal amistad que por su conducto le acababa de expresar, y las esperanzas que abrigaba de que las relaciones que el Sultan deseaba establecer con el Gobierno pontificio redundarian en beneficio de los católicos residentes en su vasto imperio; concluyendo por decirle que cuanto mas se mejorase la condicion religiosa de aquellos por la alta y soberana proteccion del Sultan, tanto mas preciosa seria su amistad, y mas gratos los resultados de las buenas relaciones que se establecian entre ambos Gobiernos. S. Ema. el cardenal Mezzofanti, hoy difunto, famoso por sus profundos conocimientos así en las lenguas europeas como en las orientales, fue invitado á asistir á esta audiencia, en la que sirvió de intérprete el P. Arsenio Angiarakian, procurador general de los religiosos armenios de San Anton. El Embajador tuvo en seguida el honor de presentar al Papa á Arit-Bey, su hijo, primer secretario de la embajada; á Ali-Effendi, segundo secretario; y á Gaspar Manass, primer intérprete. Cuando el Embajador se disponia á dejar á Roma para llegar al término de su mision recibió de Pío IX, como muestra de aprecio, su retrato guarnecido de diamantes, regalo que recibió con la mayor alegría, pidiendo permiso para llevarlo al pecho como una condecoracion. No dejará de formar un raro contraste, decia un narrador de este hecho, el ver á un representante del Jefe del islamismo ostentar ufano entre sus condecoraciones el retrato del Jefe del Catolicismo.

Cuando Chekid-Effendi llegó á Viena, fijó su residencia en el barrio Landstrasse, cuyos principales habitantes se presentaron á felicitarle. El Embajador